

CARLOS DE ANJOU.

A una milla próximamente de Palermo, orilla de Orete y cerca del campo santo actual, hay una iglesia pequeña, denominada del Espíritu Santo. No tiene nada de notable bajo el aspecto del arte, pero conserva un gran recuerdo para los napolitanos. A la puerta de aquella iglesia es donde comenzó la matanza de las Vísperas sicilianas. Así, no podíamos dejarla de hacer nuestra visita.

Los que me han seguido en mis excursiones pintorescas, tendrán gusto en acompañarme un instante en esta excursión histórica, puesto que el asunto merece la pena.

Acababa de morir el papa Alejandro IV. La batalla de Monte-Aperto, á cuyo éxito había contribuido Manfredo, enviando mil de sus caballeros en auxilio de los gibelinos, había consolidado el poder imperial en Italia, y colocado á Manfredo á la cabeza del partido aristocrático. Urbano IV, al subir al trono pontificio, vió que si quería volver á Roma su antigua supremacía, era preciso herir á Manfredo.

Tanto mas fácil era aquello, cuanto que Manfredo daba con su conducta gran motivo á la censura eclesiástica. Se sospechaba que había acelerado la muerte de su padre Federico II (1) y de su hermano Conrado. Además, en vez de combatir á los sarracenos por todas partes donde se encontrasen, como lo habían hecho sus predecesores normandos, se había aliado con ellos y tenía un cuerpo de infantería y de caballería árabes en su ejército.

Urbano IV, por su parte, debía mas que ningun otro de sus predecesores inclinarse á sostener el partido güelfo con todo su poder. Nacido en Troyes, en Champagne, en la última clase del pueblo, se había engrandecido, ayudado tan solo por su genio. Obispo de Verdun primero, despues patriarca de Jerusalem, había vuelto en 1261 de Tierra Santa y había hallado la Santa Sede vacante. Ocho cardenales, último resto del Sacro Colegio, estaban reunidos en conclave para elegir un sucesor á Alejandro IV, y acababan de pasar tres meses intentando inútilmente reunir mayoría para uno de entre ellos. Cansados de estas tentativas infructuosas, uno de los votantes puso en su papeleta el nombre del patriarca de Jerusalem. Al siguiente escrutinio reunió mayo-

(1) La excomunion contra la casa de Suabia remontaba á Federico II. A propósito de esta excomunion fué el que un sacerdote de París, encargado de proclamar el entredicho, y no queriendo decidirse entre dos antagonistas tan poderosos, salió de aquella difícil mision diciendo desde la cátedra estas palabras llenas de ingenio: «Tengo órden de denunciar al emperador como excomulgado; ignoro porqué. He sabido únicamente que habia una gran diferencia entre él y el papa. No sé de qué parte está el mejor derecho. En consecuencia, en lo que yo puedo, doy mi bendición á aquel de los dos que tenga razon, y excomulgo al que no la tenga.»

ría aquel nombre, y el elegido de la suerte llegó á ser el vicario de Cristo bajo el nombre de Urbano IV

Tiempo era de que cesase el interregno : desde las ventanas del Vaticano podía ver el nuevo papa á los sarracenos bajando por la campiña de Roma. Urbano IV no solo les mandó salir de allí, sino que aun, tratándolos como á sus hermanos de Africa y de Siria, publicó una cruzada contra ellos. Algunos llegan hasta decir que cubierto de una coraza y velado el rostro por un casco, ocupó un lugar entre los caballeros, y uniendo lo tajante de su espada al poder de la palabra, los rechazó con su misma mano mas allá de las fronteras de la Santa Sede.

Pero Urbano no era hombre de detenerse ahí. Manfredo supo al mismo tiempo que sus soldados habian sido rechazados y que él era citado á comparecer ante el papa para dar cuenta de sus alianzas con los sarracenos, de su obstinacion en hacer celebrar los santos misterios en los lugares entredichos, y de la ejecucion de dos ó tres de sus súbditos, ejecucion que la bula pontificia calificaba de asesinatos. Manfredo, como es de suponer, se echó á reir de aquella órden, y rehusó obedecer.

Entonces Urbano IV volviése hácia la Francia, su país natal. El santo rey Luis reinaba. Le ofreció el papa el reino de Sicilia para él ó para uno de sus hijos. Pero Luis tenia un gran corazon : era la lealtad, la nobleza y la justicia personificadas. Examinando las decisiones del santo padre, le pareció instintivamente que no tenia derecho de apoderarse de una corona colocada legítimamente sobre la cabeza de otro, y de la que, á falta de

este, era heredero su sobrino. Expresó sus escrúpulos, que una larga carta de Urbano IV no consiguió vencer. Entonces el papa se dirigió á Carlos de Anjou, hermano del rey, y le envió el breve de investidura.

Carlos de Anjou era una de esas poderosas organizaciones del siglo XIII, que vió nacer tantos hombres de hierro. Podría tener en aquella época cuarenta y ocho años próximamente ; era el hermano segundo de san Luis, con quien habia hecho la cruzada de Egipto, y cuya cautividad habia participado en Mansourah. Estaba casado con Beatriz, cuarta hija de Raimundo Berenguer, que habia casado las otras tres : la mayor, Margarita, con Luis IX, rey de Francia ; la segunda, Leonor, con Enrique III, rey de Inglaterra, y la tercera con Ricardo, duque de Cornuailles y rey de Romanos. Carlos de Anjou era por tanto, despues de los reyes reinantes, uno de los mas poderosos príncipes del mundo, porque como príncipe de Francia poseia el ducado de Anjou, y como marido de Beatriz habia heredado el condado de Provenza.

Además, dice Juan de Willani, su historiador, era un hombre sabio y prudente en el consejo, animoso y esforzado en las armas, severo y temido aun de los mismos reyes, porque tenia grandes ideas que le llevaban á las mas altas empresas ; porque era perseverante en la fortuna é incontrastable en la adversidad ; porque era firme y fiel en sus promesas, hablando poco, obrando mucho, casi nunca riendo, no agradándole ni los juegos de cortesanos ; grave y comedido como un hombre religioso, ferviente católico y apto para hacer justicia ;

su estatura era elevada y nerviosa, su tez morena, su mirada terrible. Parecía mas á propósito que ningun otro señor para la majestad real, permanecía doce ó quince horas á caballo, cubierto con su arnés de guerra, sin parecer fatigado; dormía muy poco y siempre despertaba dispuesto al combate ó al consejo.

Hé ahí el hombre sobre el que Urbano IV, en su instinto de odio contra los gibelinos, habia puesto sus ojos. Simon, cardenal de Santa Cecilia, partió para Francia y en nombre del papa le entregó el breve de su investidura.

Carlos de Anjou llevaba el breve en la mano, cuando al entrar en su casa, encontró á su mujer llorando; tanto mas le admiró aquel dolor cuanto que Beatriz tenia á su lado en aquella época, las dos hermanas que mas amaba, Margarita y Leonor.

Al ver á su marido, á quien no esperaba, trató de ocultar sus lágrimas; pero fué inútil. Carlos la preguntó qué tenia; en lugar de responderle Beatriz prorumpió en sollozos. Carlos insistió entonces con mas abineo, y Beatriz le contó, que algunos minutos antes habia ido á hacer una visita á sus dos hermanas y despues de haberlas abrazado quiso sentarse cerca de ellas, en un sillón parecido al suyo, cuando la reina de Inglaterra la habia arrebatado el sillón de las manos y la habia dicho: — Vos no podeis sentaros en un asiento igual al nuestro; tomad, pues, un taburete, ó á lo mas una silla, porque mi hermana es reina de Francia y yo soy reina de Inglaterra, al paso que vos no sois mas que duquesa de Anjou y condesa de Provenza.

Carlos de Anjou dejó vagar por sus labios una de esas sonrisas raras y amargas que hacian sombría su fisonomía en vez de iluminarla, y habiendo abrazado á Beatriz la dijo:

— Volved á ver á vuestras hermanas, sentaos en un asiento igual á sus asientos, porque si ellas son reinas de Francia y de Inglaterra, vos sois reina de Nápoles y de Sicilia.

Pero no estaba cifrado todo en tomar un vasto título; era preciso en realidad conquistar el trono al que aquel título estaba unido. Carlos echó un impuesto sobre sus vasallos de Anjou y de Provenza, y Beatriz vendió todas sus joyas, á excepcion de su anillo nupcial. El mismo san Luis, deseoso de ver á su hermano ocupar en otra parte que en Francia su espíritu activo y emprendedor, le ayudó; y Carlos, gracias á todos aquellos medios reunidos y á las promesas que hizo, de las que su honra y valor eran las garantías, llegó á reunir un ejército de cinco mil caballos, quince mil infantes y diez mil arcabuceros. Pero con la prisa que tenia de llegar á Roma y de ocupar en la ciudad pontificia el cargo de senador que se le habia conferido, tomó consigo mil caballeros solamente, se embarcó en una pequeña escuadra de veinte galeras que tenia dispuesta, y se hizo á la vela para Ostia, dejando la conduccion de su ejército á Roberto de Bethune, su yerno. Manfredo colocó á la embocadura del Tíber al conde Guido Novello, que mandaba por él en Toscana. El conde Guido Novello, que mandaba las galeras reunidas de Pisa y de Sicilia, tenia una escuadra tres veces mayor que la de Carlos de

Anjou; pero Dios habia decidido que Carlos de Anjou seria rey. Abrió la mano y dejó caer la tempestad; faltó poco para que la tempestad arrojase la flota de Carlos de Anjou hasta las costas de Toscana, pero alejó la de Guido Novello de las costas pontificias. Carlos de Anjou lanzado adelante con su buque abordó solo á Ostia; despues metiéndose en una lancha acompañado de solo cinco ó seis caballeros, subió el Tiber y fué á alojarse al convento de San Pablo extramuros, mas bien como un fugitivo que como un conquistador.

Durante este tiempo Urbano IV habia muerto; pero llevando su proyecto mas allá de la vida, antes de morir habia creado veinte cardenales á quienes habia hecho jurar darle por sucesor al cardenal de Narbona, Francesco Moel, y además súbdito inmediato de Carlos de Anjou. Los cardenales habian cumplido su palabra, y Guido Fulco, elegido casi por unanimidad, al mismo tiempo que estaba enviado cerca de Carlos, era elevado al trono pontificio tomando el nombre de Clemente IV.

Carlos tenia, pues, la seguridad de ser bien recibido en Roma, solo que no queria hacer su entrada en ella sino con un acompañamiento digno de un príncipe tal como él. Permaneció, pues, en el convento de San Pablo extramuros, con peligro de ser arrebatado por alguna partida de gibelinos, hasta el momento en que las galeras que habia perdido en el mar de Toscana arribasen á su vez á Ostia. Carlos reunió al punto sus caballeros y el 24 de mayo de 1265 lizo su entrada en la capital del orbe católico con el título solemne de defensor de la Iglesia.

Entretanto el resto del ejército pasaba los Alpes, bajaba al Piamonte, atravesaba el Milanesado, evitaba á Florencia la Gibelina, llegaba á Ferrara y reclutando por todas partes los güelfos que encontraba en su camino llegó delante de Roma en los últimos dias del año 1265.

Ya era tiempo. Se habian hecho toda clase de sacrificios para llevarle hasta allí: Carlos de Anjou y el papa habian agotado sus tesoros; los dos carecian de dinero: no habia, pues, un minuto que perder, era preciso marchar contra el enemigo y pagar á los soldados con una victoria.

Carlos de Anjou ni aun quiso aguardarse á que llegara la primavera: púsose á la cabeza de su ejército, y en los primeros dias de febrero avanzó hácia Nápoles por el camino de Ferentino.

Al llegar á Caperano descubrieron los Franceses las avanzadas enemigas, mandadas por el conde de Caserta, cuñado de Manfredó; defendia un paso del Garigliano, admirablemente fortificado por la naturaleza. Los Franceses examinaron la posición y reconocieron su superioridad; decididos, sin embargo, á atravesar el rio, no por eso dejaron de marchar contra el enemigo; pero este los aguardó y con gran admiración suya les dejó libre el paso. Entonces Carlos de Anjou reconoció que habia insensatez ó traición entre los lugartenientes de Manfredó y dió gracias por ello á Dios en voz alta.

Fué, pues, el rio atravesado sin que se diese un bote de lanza y avanzaron hácia las dos fortalezas de Rocca y do San German; estas no estaban defendidas por napolitanos.

litanos sino por árabes; así la lucha fué larga y sangrienta. En fin, las dos fueron escaladas, y como los sarracenos que las defendían no pudieron huir y desdefiaron rendirse, fueron pasados á cuchillo sin quedar uno.

A la noticia de aquellos dos sucesos tan inesperados la desanimación cundió entre los apulanos. Aquino abrió sus puertas; los desfiladeros de Alifes fueron entregados, y Carlos y sus soldados desembocaron en las llanuras de Benevento, donde los esperaba Manfredo con su ejército.

Puede decirse sin exageración alguna, que la Europa entera tenía fijos sus ojos sobre aquel pequeño rincón de la tierra, donde iba á decidirse la gran cuestión güelfa y gibelina que separaba la Italia y la Alemania hacia siglo y medio, viniendo á las manos el papa y el emperador en las personas de sus lugartenientes, y estos lugartenientes eran no solo dos de los mas grandes príncipes, sino los dos mas bravos capitanes que había en el mundo.

Así ni el uno ni el otro faltaron á su renombre ni á su destino. Carlos de Anjou al descubrir los soldados de Manfredo se volvió hácia sus caballeros y dijo: — Condes, barones, caballeros y hombres de armas, hé aquí el día que tanto hemos deseado; así pues, en nombre de Dios y de nuestro santo padre el papa adelante!

Y entonces dividió en cuatro brigadas su caballería: la primera, que se componía de mil caballeros franceses mandados por Guy de Montfort y el mariscal de Mirel-

poix; la segunda compuesta de novecientos caballeros provenzales y de los auxiliares romanos, que se reservó conducir él mismo; la tercera que era de setecientos caballeros flamencos, brabantones y picardos y que puso bajo las órdenes de Roberto de Flandes y de Gilles Le Brun, condestable de Francia; en fin, la cuarta que se componía de cuatrocientos emigrados florentinos, antiguos restos de Monte-Aperto y que conducía Guido Guerra, aquel eterno enemigo de los gibelinos.

Cuando Manfredo divisó, por su parte, las tropas francesas se armó, á excepcion de su casco, al que él mismo unió la cimera, que era una águila de plata, á fin de no tener mas que ponerle en su cabeza; luego, montando á caballo, se adelantó en medio de sus capitanes diciendo: — Condes y barones, aquí es donde necesito vencer como rey ó morir como caballero, por mas que no sea esta la opinión de alguno de vosotros, lo sé; no daré, pues, un paso para evitar la batalla. Aprestaos, pues, sin tardanza, porque ved ahí á los Franceses que avanzan hácia nosotros.

Y al mismo tiempo hizo de su ejército tres divisiones: la primera de mil doscientos caballos alemanes mandados por el conde Giordano Lanzia y la otra de mil cuatrocientos caballos apulanos y sarracenos, cuyo mando se reservaba á sí mismo.

Se ve que por una y otra parte los historiadores no cuentan para nada con la infantería. — El río Calore, que corre delante de Benevento, separaba á los dos ejércitos.

En el momento en que Manfredo tomó sus disposi-

ciones para sostener la batalla, y en el que era evidente para los Franceses que iban á venir á las manos con sus enemigos, el legado del papa se subió sobre un escudo, que cuatro hombres elevaron sobre sus espaldas; despues bendijo á Carlos de Anjou y sus caballeros, dándoles la absolucion de sus pecados; y todos la recibieron de rodillas, como debian hacerlo soldados de Cristo y defensores de la Iglesia.

Avanzaron los Franceses hácia el riachuelo con lentitud y precaucion, porque ignoraban de qué medio valerse para atravesarle, cuando vieron á los arqueros sarracenos, que les economizaban aquel trabajo atravesándole ellos mismos y viniendo á su presencia. Los arqueros sarracenos pasaban como los ingleses, por los mas diestros tiradores de la tierra, y eran por otra parte tan ágiles y veloces como ellos. Así la infantería francesa mal armada, sin corazas y teniendo apenas unos justillos rehenchidos ó algunos cascos de cuero, no pudo sostenerse contra la nube de flechas que las águilas árabes hicieron llover sobre ella, y se retiró en desórden. Entonces, Guy de Monfort y el mariscal de Mirepoix temiendo que aquel mal paso quebrantase la confianza en el resto del ejército volvieron sobre los arqueros con la primera brigada gritando: ¡Al arma, caballeros! Los arqueros ni aun intentaron resistir á aquel torrente de acero que se precipitaba sobre ellos; se dispersaron por la llanura huyendo; pero disparando siempre. Los caballeros franceses enardecidos en su persecucion comenzaron á desbandarse; entonces el conde Galvano que mandaba la primera division, creyendo que era llegado

el momento de cargar sobre aquella tropa en desórden enristró su lanza gritando: ¡Suabia, Suabia, caballeros! y descendiendo á su vez á la llanura, vino á dar sobre el flanco de la brigada francesa, que casi separó en dos.

Pero al punto el conde de Galvano se vió cargado á su vez por Guido Guerra y sus güelfos; al mismo tiempo el grito de: ¡á los caballos, á los caballos! circuló entre las brigadas francesa y florentina: los caballeros de Carlos de Anjou comenzaron á herir á los animales en vez de herir á los hombres: los caballos, peor armados que los caballeros, cayeron unos sobre otros; el sobresalto comenzó á cundir entre los caballeros alemanes. La segunda brigada de Manfredo, mandada por el conde Giordano Lanzia, y compuesta de toscanos y lombardos, fué á su socorro; pero su carga, mal dirigida, encontró á los Alemanes que comenzaban á huir, y en lugar de restablecer el combate, no hizo sino aumentar el desórden. En aquel momento Carlos de Anjou hizo pasar la órden de avanzar á su tercera brigada. Los Alemanes, los lombardos y los toscanos de Manfredo se encontraron casi envueltos; en medio de todo aquello se reconocia á los güelfos, que teniendo que vengar la derrota de Monte-Aperto, hacian maravillas y descargaban los golpes mas furibundos. Los arqueros sarracenos habian llegado á ser inútiles, porque era tal la confusion, que sus flechas caian igualmente sobre los Alemanes que sobre los Franceses. Manfredo creyó que bastaria su presencia y la de mil doscientos hombres de fresco que habia reservado, para restablecer la batalla, y mandó á sus capitanes se preparasen á seguirle. Pero en lugar de

secundarle, los barones de la Pulla, el gran tesorero conde de la Cerra y el conde de Caserta, volvieron bridas y huyeron, arrastrando consigo novecientos hombres próximamente. Entonces fué cuando vió Manfredo que había llegado la hora, no de vencer como rey, sino de morir como caballero; habiendo mirado á su rededor, y viendo que le quedaban todavía trescientas lanzas, tomó su casco de manos de su escudero; pero en el momento en que le ponía sobre su cabeza, el águila de plata que formaba la cimera, cayó sobre el arzon de su silla.

— Es un aviso de Dios, murmuró Manfredo; había yo puesto esta cimera con mis propias manos y no es la casualidad la que la derriba. No importa; ¡adelante! ¡Suabia, caballeros!

Y calando su visera y poniendo lanza en ristre, se metió en medio del ejército francés, donde desapareció, no habiendo ya quien le distinguiese de los demás hombres de armas. Muy pronto la lucha se debilitó por parte de los Alemanes. Los toscanos y lombardos huyeron; Carlos de Anjou con sus novecientos caballeros provenzales, cayó sobre los que todavía se sostenían; los gibelinos, sin jefe, sin órdenes, llamando á Manfredo que no contestaba, tomaron la fuga; los vencedores les persiguieron mezclados, y atravesaron Benevento con ellos. Nadie trató de rehacer á los vencidos, y en un solo día, en una sola batalla, en cinco horas escasas, la corona de Nápoles y de Sicilia se escapó de las manos de la casa de Suabia y rodó á los piés de Carlos de Anjou.

Los Franceses no se detuvieron sino cuando se cansaron de matar. Su pérdida había sido grande, pero la de los gibelinos fué terrible. Pedro de los Uberti y Giordano Lanzia fueron cogidos vivos; la hermana de Manfredo, su mujer Sibila y sus hijos se entregaron y fueron á morir á los calabozos de la Provenza; en fin, aquel magnífico ejército, tan lleno de valor y de esperanza por la mañana, parecía haberse desvanecido como el humo, y no quedaban de él sino los cadáveres tendidos en el campo de batalla.

Durante tres días buscaron á Manfredo, porque la victoria de Carlos de Anjou era incompleta si no se encontraba á Manfredo muerto ó vivo. En aquellos tres días examinaron uno por uno los caballeros que habían sido muertos; en fin, un criado alemán le reconoció, puso su cadáver atravesado en un asno, y le llevó á Benevento á la casa en que habitaba Carlos; pero como Carlos no conocía á Manfredo, y temía se le engañase, mandó depositar su cadáver enteramente desnudo en medio de una sala, y en seguida llamó á Giordano Lanzia. Mientras se cumplía su orden, Carlos arrastró una silla cerca del cadáver y se sentó para mirarle; tenía dos anchas y profundas heridas, una en la garganta y otra en el lado derecho del pecho, y otra porción de heridas leves por todo el cuerpo, lo cual indicaba que había recibido un gran número de golpes antes de caer.

Cuando examinaba Carlos aquel cuerpo enteramente mutilado, se abrió la puerta, y Giordano Lanzia apareció. Apenas echó una mirada sobre el cadáver, á pesar

de que tenía el rostro ensangrentado, cuando exclamó golpeándose la frente :

— ¡Oh ! ¡ mi señor, mi señor ! ¿ qué ha sido de nosotros ?

Carlos de Anjou no preguntó mas, sabia todo lo que deseaba saber; aquel cadáver era efectivamente el de Manfredo.

Entonces los caballeros franceses que habian ido á buscar á Giordano Lanzia, y que habian entrado detrás de él, pidieron á Carlos de Anjou se hiciese al menos dar sepultura sagrada á aquel que tres dias antes era todavía rey de los dos reinos. Pero Carlos respondió :

— Así lo haria de buena gana, pero como está excomulgado, no puedo.

Los caballeros bajaron la cabeza, porque lo que decia Carlos era verdad : la maldicion pontificia perseguia al excomulgado hasta mas allá de la tumba. Contentóse, pues, con abrirle un nicho al pié del puente de Benevento, y echarle tierra, sin poner sobre su abandonado sepulcro ninguna señal que indicase lo que habia sido el que estaba enterrado en él. Sin embargo, los vencedores no pudieron consentir que el lugar donde reposaba tan gran capitan quedase ignorado, y cada soldado tomó una piedra y fué á depositarla sobre su fosa ; pero el legado no quiso permitir que los restos de Manfredo reposasen bajo aquel monumento elevado por la piedad de sus enemigos ; hizo exhumar el cadáver, y habiendo ordenado que se le llevase fuera de los Estados pontificios, le hizo arrojar en las márgenes del riachuelo Verte, donde fué pasto de los cuervos y demás aves de rapiña.

Con Carlos de Anjou, el papa, y por consecuencia los güelfos, triunfaban en toda Italia ; en Florencia era donde por el momento estaba el poder gibelino. Un motin que se armó el mismo dia en que se supo la batalla de Benevento, le derribó ; luego, para no dejarle ni tiempo ni medios de rehacerse, Carlos de Anjou envió uno de sus lugartenientes á Sicilia, y marchó sobre Florencia.

Florencia le abrió sus puertas, como debia hacerlo doscientos años mas tarde con Carlos VIII ; Florencia le dió fiestas ; Florencia le condujo con gran pompa á ver su cuadro de la Madona, que acababa de terminar Cimabué.

Al mismo tiempo los capitanes franceses se dividian el reino, y los soldados saqueaban las ciudades ; esta conducta que debia despopularizar muy pronto al nuevo rey, dió alguna esperanza á los gibelinos : volvieron los ojos hácia la Alemania ; hácia allí estaba la única estrella que brillaba en su cielo. Conradino, hijo de Conrado, nieto de Federico, sobrino de Manfredo, y educado en la corte de su abuelo el duque de Baviera, acababa de cumplir diez y seis años. Era un jóven de alma elevada y de gran corazon, que aguardaba el momento de reinar ó de morir : saltó de alegría y de esperanza cuando los mensajes de los gibelinos le anunciaron que habia llegado aquel momento.

Su madre, Isabel, le habia educado para el trono ; era una mujer de noble corazon y despejado talento ; vió con dolor la llegada de aquellos mensajeros ; pero lejos de interponer su amor paternal entre ellos y su

hijo, dejó á los hombres disponer de aquellas soberanías de que solo Dios era árbitro.

Se decidió que Conradino marcharía á la cabeza de los gibelinos, y sostenido por el emperador, intentaría reconquistar el reino de sus padres.

Toda la nobleza de Alemania acudió al rededor de Conradino. Federico, duque de Austria, huérfano como él, despojado como él de sus Estados, y como él jóven y valiente, se ofreció para ser su segundo en aquel terrible duelo. Conradino aceptó. Los dos jóvenes juraron que nada les podría separar, ni aun la muerte: se pusieron á la cabeza de diez mil hombres de caballería, reunidos por la solicitud del emperador, del duque de Baviera y del conde del Tirol, y llegaron á Verona hácia fin del año 1267.

Carlos de Anjou tuvo al principio la intencion de cerrar el paso de Roma á su jóven rival, y esperarle entre Luca y Pisa, apoyado en todo el poder de los güelfos de Florencia. Pero las exacciones de sus ministros, las violencias de sus capitanes, y el desórden de la soldadesca, habian excitado una revolucion en sus nuevos Estados. Escribió á Clemente IV le ayudase con su palabra y sus tesoros; pero el mismo Clemente, indignado de lo que pasaba casi á su vista, le habia respondido:

« Si tu reino es cruelmente expoliado por tus ministros, á tí es únicamente á quien debe achacarse, puesto que has conferido todos los empleos á ladrones y asesinos que perpetran en tus Estados actos cuya vista no puede Dios soportar. Esos hombres infames no temen mancharse con violaciones, adulterios, exacciones injustas y

toda clase de latrocinios. Quieres ablandarme hablándome de tu pobreza; mas ¿cómo puedo yo creer en ella? ¿Y cómo no puedes ó no sabes vivir con las rentas de un reino cuya abundancia producía á un soberano tal como Federico, emperador ya de Romanos, lo suficiente con que sufragar gastos mucho mayores que los tuyos, con que satisfacer la codicia de la Lombardia, de la Toscana, de las dos Marcas y de la Alemania entera, y que le proporcionaba además los medios de acumular inmensas riquezas? »

Forzoso le habia sido, pues, á Carlos de Anjou volver á Nápoles y abandonar al papa que le abandonaba. En cuanto á la rebelion, apenas de vuelta en la capital, luchó con ella cuerpo á cuerpo y la ahogó entre sus brazos de hierro.

Clemente IV, que no podia contar con Roma, mal fortificada é incapaz de sostener un sitio, se retiró á Viterbo. Desde allí envió tres veces á Conradino la órden de licenciar su ejército y de ir con los piés descalzos á recibir á las plantas del príncipe de los apóstoles la sentencia que tuviera á bien lanzar contra él. Pero el altivo jóven, engreído con las aclamaciones que le habian acogido en Pisa, y que de Pisa le siguieron hasta Siena, no se habia dignado contestar á las cartas del Santo Padre, y Clemente, el día de Pascua, habia pronunciado la sentencia de excomunion contra él y sus partidarios, sentencia que le declaraba despojado del título de rey de Jerusalem, único que habia dejado á su tío Manfredo al despojarle de sus Estados, y libraba á sus vasallos del juramento de fidelidad.

Algunos dias despues anunciaron á Clemente IV que Conradino acababa de batir en Pontavalle á Guillermo de Beselve, mariscal de Carlos. Clemente estaba en oracion; levantó la cabeza y se contentó con pronunciar estas palabras:

— Los esfuerzos del impío se disiparán en humo.

A los dos dias fueron á decir al papa que el ejército gibelino estaba á la vista de la ciudad. El papa subió á las murallas y desde ellas vió á Conradino y Federico, que no atreviéndose á atacarle, hacian pasar al menos con jactancia ante su vista los diez mil hombres. Uno de los cardenales, asustado de ver tantos valientes hombres de armas de semblante fiero, exclamó:

— ¡ Oh Dios mio! ¡ Qué ejército tan poderoso!

— No es un ejército, respondió Clemente IV: es un tropel que va conducido al sacrificio.

Clemente hablaba en nombre del Señor, y el Señor debia ratificar lo que habia dicho.

Como habia previsto Clemente, Roma no hizo resistencia alguna; el senador Enrique de Castilla fué á abrir la puerta con sus mismas manos. Conradino se detuvo ocho dias en la capital del mundo católico para dar descanso á su ejército y buscar los tesoros que su aproximacion habia hecho se depositasen en las iglesias; despues, á la cabeza de cinco mil hombres de armas, pasó mas abajo de Tivoli, atravesó el valle de Celle, y entró en las llanuras de Tagliacozzo. Allí era donde le aguardaba Carlos de Anjou.

A pesar de la necesidad que el principe francés hubiera tenido en semejante ocasion de todas sus buenas

lanzas, no habia podido reurnirlas á su derredor, forzado como se habia visto á tener guarniciones en todas las ciudades de Calabria y de Sicilia; pero habia vuelto sus ojos hácia un aliado muy natural; era este Guillermo de Villehardoin, príncipe de Morea; le habia, pues, escrito pidiéndole socorros, y Villehardoin, atravesando el Adriático, habia acudido con trescientos hombres.

Villehardoin estaba cerca de Carlos de Anjou con su condestable Jadie y messire Juan de Tournay, señor de Calabrita, cuando se comenzó á distinguir el ejército de Conradino. Vestido con un traje ligero, mitad griego, mitad francés, montando uno de esos rápidos corceles de la Elida cuya velocidad alaba Homero, pidió á Carlos de Anjou la venia para salir en descubierta, con el objeto de reconocer el ejército alemán: concedido el permiso, Guillermo de Villehardoin aflojó la rienda á su caballo, y seguido de dos de los suyos, fué á ponerse en observacion sobre un montecillo, desde donde se dominaba toda la llanura.

El ejército de Conradino era una tercera parte mas fuerte que el del duque de Anjou, y compuesto todo de los mejores caballeros de Alemania. Guillermo volvió, pues, á encontrar á Carlos con una fisonomia seria, porque por bravo principe que fuese, no se disimulaba toda la gravedad de la posicion.

El rey conversaba con un anciano caballero francés, lleno de prudencia y de valor, bueno para el consejo, excelente para el combate; era este el señor de Saint-Valery: el señor de Saint-Valery, por mas distante que hubiese estado de los Alemanes, no habia dejado de ob-

servar la superioridad de su número, y trataba de calmar el ardor del rey, que sin calcular nada, quería entregarse á Dios y marchar derecho al enemigo, cuando, como hemos dicho, Guillermo de Villehardoin llegó.

A las primeras palabras que pronunció el príncipe, Saint-Valery vió que era aquel un refuerzo que le llegaba, é insistió aun mas todavía para que Carlos de Anjou se dejase guiar por sus consejos. Carlos de Anjou entonces se entrega en sus manos, y Guillermo de Villehardoin y Allard de Saint-Valery fijaron el plan de batalla, que fué comunicado al rey y adoptado por él al instante mismo.

Se formaron tres cuerpos de caballería ligera, compuestos de provenzales, toscanos, lombardos y campanianos; se dió á cada cuerpo un jefe que hablase su idioma y á quien conociesen, y estos jefes se pusieron bajo el mando de Enrique de Cosenza, que era de la estatura del rey, y cuya fisonomía se le parecía; además Enrique vistió la coraza de Carlos de Anjou y sus insignias reales, á fin de atraer sobre él todo el esfuerzo de los Alemanes.

Estos tres cuerpos debían empeñar la batalla, y en seguida, empeñada la batalla, simular al principio una retirada que se cambiase en seguida en fuga á través de las tiendas, que se dejarían extendidas y abiertas, á fin de que los Alemanes viesen todas las riquezas que contenían. Según toda probabilidad, á la vista de aquellas riquezas, cesarían los vencedores de perseguir á los enemigos para dedicarse al saqueo. Entonces, las tres divisiones deberían rehacerse, tocar la trompeta, y á aquella

señal Carlos de Anjou con seiscientos hombres, y Guillermo de Villehardoin con trescientos debían atacar á sus enemigos por el flanco y decidir la jornada.

Por su parte, Conradino dividió su ejército en tres cuerpos, á fin de que la confusión de razas no atrajese aquellas querellas tan fatales en un día de combate; dió los Italianos á Galvano de Lánzia, hermano de aquel otro Lanzia que había sido hecho prisionero en la batalla de Benevento; los Españoles á Enrique de Castilla, el mismo que había abierto las puertas de Roma; en fin, él se quedó, para sí y Federico, con los Alemanes que le habían seguido desde el corazón del imperio.

Tomadas por una y otra parte estas disposiciones, juzgó Carlos que había llegado el momento de ponerlas en ejecución; renovó á Enrique de Cosenza y á sus tres lugartenientes las instrucciones que ya les había dado, y aquel puñado de hombres, que ascendían á dos mil quinientos caballeros, avanzó al frente de Conradino.

Los jefes del ejército imperial, viendo en la primera fila el estandarte de Carlos de Anjou, y creyendo reconocer á este mismo por sus insignias reales y su dorada armadura, no dudaron que tenían á su frente todo el ejército güelfo. Así, como era fácil ver que este era la mitad menos numeroso que el ejército gibelino, su valor se aumentó; y Conradino haciendo oír el grito de *¡Suabia, caballeros!* puso lanza en ristre, y acometió el primero á los provenzales, lombardos y toscanos.

El choque fué rudo; se había encargado á los jefes que lo sostuviesen el tiempo suficiente para hacer creer á los imperiales en una victoria formal; pero cuando

tantos valientes caballeros vinieron á las manos, tuvieron vergüenza de huir, aun para hacer caer á sus enemigos en una emboscada; se defendieron, pues, con tanto encarnizamiento, que Carlos de Anjou, no comprendiendo la ejecucion de sus órdenes, dejó el pequeño valle donde estaba oculto con sus seiscientos hombres y subió á una colina para ver lo que pasaba.

La lucha era terrible; todos los esfuerzos de los imperiales se habian concentrado sobre el punto en que habian creído reconocer al rey; Enrique de Cosenza habia sido rodeado, y temiendo si se rendia, se reconociese que no era el verdadero rey, queria dejarse matar. Por su parte sus lugartenientes y sus soldados no querian abandonarle, y en lugar de huir se mantenian firmes. Viéndolos así rodeados y luchar tan esforzadamente contra fuerzas dobles de las suyas, Carlos de Anjou queria abandonar el plan de batalla y correr en su socorro; pero Allard de Saint-Valery le detuvo. En aquel momento Enrique de Cosenza cayó atravesado el cuerpo, y los demás lugartenientes, perdida la esperanza de salvarle, dieron la orden de retirada, que bien pronto se cambió en derrota.

Entonces lo que se habia previsto sucedió, los soldados de Carlos de Anjou y los de Conradino se lanzaron mezclados á través del campo, unos huyendo y otros persiguiendo; mas apenas los imperiales hubieron visto las tiendas abiertas, cuando atraídos por las telas preciosas, por los vasos de plata, por las espléndidas armaduras que encerraban, y creyendo por otra parte á Carlos de Anjou muerto y su ejército disperso, rom-

pieron sus filas y se entregaron al saqueo. Vanos fueron todos los esfuerzos de los dos jóvenes para ordenarlos; su voz no fué oída, ó los que la oyeron no la escucharon, y apenas de sus cinco mil hombres de armas les quedaron á su rededor quinientos, con los que continuaron en persecucion de los fugitivos; todos los demás se quedaron, é infringiendo las órdenes, se esparcieron por las llanuras.

Este era el momento con tanta impaciencia aguardado por Carlos de Anjou. Aun antes que los fugitivos hiciesen, tocando la trompeta, la señal convenida, se levantó sobre sus estribos, y gritando: ¡Montjoie! ¡Montjoie, caballeros! fué á dar con sus seiscientos hombres de tropas de refresco en medio de los saqueadores, que tan lejos estaban de esperar aquella sorpresa, que tomándola por un destacamento de los suyos que iba á reunirse al cuerpo principal del ejército, ni aun se prepararon á la defensa. Villehardoin llegó por su parte como el rayo; al mismo tiempo se oyó la trompeta de las tropas ligeras: el ejército de Conradino estaba cogido entre tres murallas de acero.

Antes que los Alemanes hubiesen reconocido la celada en que acababan de caer, estaban ya perdidos; ni aun intentaron resistir y comenzaron á huir por todos los sitios que les presentaban las tres divisiones de sus enemigos. Conradino queria hacerse matar sobre el terreno; pero Federico y Galvano Lanzia tomaron cada uno su caballo por la brida y le llevaron al galope, á pesar de sus esfuerzos para desembarazarse de ellos.

Así anduvieron cuarenta y cinco millas, no detenién-

dose sino una sola vez para dejar comer á sus caballos; en fin, llegaron á Astur, ciudad situada á una milla del mar. Allí, fueron reconocidos como Alemanes, por gentes del señor de Frangipani, á quien pertenecía aquella vila, y que fueron á prevenir á su señor que cinco ó seis hombres, cubiertos de sangre y polvo, se habían apeado é iban á ajustarse con un pescador para que los condujera á Sicilia: la partida estaba fijada para la noche siguiente.

El señor de Frangipani, despues de algunas preguntas sobre el modo como los Alemanes estaban vestidos, habiendo sabido que llevaban corazas doradas y coronas sobre sus cascos, no dudó que fuesen ilustres fugitivos: se confirmó en aquella idea cuando supo durante el día que Conradino había sido batido por Carlos de Anjou. Entonces le ocurrió la idea de que acaso alguno de los fugitivos fuese el mismo pretendiente, y comprendió, que si era así, y si podia entregarle á Carlos de Anjou, este le pagaría su enemigo mortal á peso de oro.

En consecuencia, habiéndose informado de la hora en que debian embarcarse los fugitivos, hizo preparar un barco doble de grande que el que les estaba destinado, é hizo tenderse en él unos veinte hombres armados: fué él mismo cuando la noche comenzaba á caer, y oculto en un puertecillo, esperó á que el pescador se hiciese á la vela: apenas lo verificó, apareció él á su vez, y como su barca era de doble dimension que la que perseguía, bien pronto la alcanzó y aun la adelantó. Entonces bogó á través, y cortando el camino á los fugitivos, les intimó se rindiesen. Conradino intentó defenderse,

pero no tenia mas que cuatro hombres consigo, y el señor de Frangipani tenia veinte; fué preciso, pues, ceder al número, y los dos jóvenes fueron llevados prisioneros con su acompañamiento á la torre de Astur.

El señor de Frangipani no se habia engañado; recibió de Carlos de Anjou el señorío de Pilose, situado entre Nápoles y Benevento, y en cambio entregó sus prisioneros al rey de Sicilia.

Una vez dueño del último rival que creyó deber tener, Carlos de Anjou vaciló entre la muerte y una prision eterna; la muerte era mas segura, pero tambien era dar un terrible ejemplo al mundo hacer caer la cabeza de un rey joven de diez y siete años bajo el hacha del verdugo. Creyó entonces deber encomendarse al papa y pedirle consejo.

El invencible Clemente IV se contentó con responder esta sola linea, terrible por su laconismo:

Vita Corradini, mors Caroli. — Mors Corradini, vita Caroli.

Entonces Carlos no vaciló ya; un crimen autorizado por el papa cesaba de ser un crimen y se convertia en un acto de justicia. Convocó pues un tribunal: este tribunal se componia de dos diputados de cada una de las dos ciudades de la Tierra de Labor y del Principado. Conradino fué llevado ante este tribunal, acusado de haberse rebelado contra su legitimo soberano, de haber despreciado la excomunion de la Iglesia, de estar aliado con los sarracenos, y de haber saqueado los conventos y las iglesias de Roma.

Una sola voz se atrevió á levantarse en favor de Con-

radino : el que daba esta prueba de valor se llamaba Guido de Lucaria; un solo hombre se presentó para leerle la sentencia; la historia no ha conservado el nombre del que dió esta prueba de vileza. Unicamente, refiere Villani que apenas este juez hubo concluido la lectura regicida, cuando Roberto, conde de Flandes, el mismo yerno de Carlos de Anjou, se levantó, y desenvainando su estoque, le atravesó el pecho de una estocada, exclamando :

— Toma, para que aprendas á tener osadía para sentenciar á muerte á tan noble y gentil caballero.

El juez cayó exhalando un grito, y espiró casi en el mismo instante. Y no resultó otra cosa de este asesinato, añade Villani, habiendo reconocido el rey y toda su corte que Roberto de Flandes acababa de conducirse como señor valiente.

Conradino no estaba presente cuando la sentencia fué pronunciada; bajaron entonces á su prision y le hallaron jugando al ajedrez con Federico.

Los dos jóvenes sin levantarse, escucharon la sentencia que les leyó el escribano; luego, concluida la lectura, volvieron á su partida.

El suplicio estaba fijado para el día siguiente á las ocho de la mañana : Conradino fué conducido á él acompañado de Federico, duque de Austria, de los condes Gualterano y Bartolomeo Lancia, Gerard, y Gasano Donorético de Pisa. La única gracia que Carlos de Anjou le concedió fué la de ser ejecutado el primero.

Llegado al pié del cadalso, Conradino rechazó á los

dos verdugos que querian ayudarle á subir la escalera, y subió solo con paso firme.

En cuanto estuvo en el tablado, se quitó la capa, luego arrodillándose, oró un instante.

Cuando estaba orando, habiendo oido al verdugo que se aproximaba á él, le hizo seña de que habia concluido, y levantándose en efecto :

— ¡Oh madre mia! ¡madre mia! dijo en voz alta, ¡qué dolor tan profundo te causará la nueva que te van á llevar de mí!

A aquellas palabras, que fueron oidas de la multitud, prorumpieron muchos en sollozos; Conradino vió que entre el pueblo todavía dejaba amigos, y acaso vengadores.

Entonces se quitó el guante de su mano, y arrojándolo en medio de la plaza :

— ¡Al mas valiente! exclamó.

Y presentó su cabeza al verdugo.

Federico fué ejecutado inmediatamente despues de él, y de este modo se cumplió la promesa que los dos jóvenes se habian hecho, de que ni aun la muerte podria separarlos.

Luego les llegó la vez á Gualterano y Bartolomeo Lancia, y á los condes Gerard y Gasano Donorético de Pisa.

El guante arrojado por Conradino en medio de la multitud fué recogido por Enrique de Apifero, que le llevó á don Pedro de Aragon, último y único heredero de la casa de Suabia como marido de Constanza, hija de Manfredo.